

Gárate Rivera, A. (2019). *Las distintas que son iguales. El naufragio de las invisibles*. Barcelona: Editorial Octaedro, 170 pp.

Precedido de un extenso prólogo de la mano de Manuel Hernández Pedreño, experto de la Universidad de Murcia y Director del Observatorio de la Exclusión Social, esta obra del doctor Alberto Gárate, rescata una vez más la voz de los excluidos, en este caso de las mujeres, quienes desde sus propias narrativas, «y no interpretado a la luz del discurso teórico» (p. 30), visibiliza las circunstancias y condiciones en las que han tenido que desarrollar sus capacidades en el norte de México. La relevancia de este estilo, muy característico del autor, ha sido puesta de manifiesto en las siguientes palabras: «Hay un poder real en la prosa aliada a otras capacidades, como la de fracturarnos cuando las palabras pesan de tanto que duelen» (p. 53).

La narrativa de María de cincuenta años, obrera de maquiladora y trabajadora doméstica, madre de 7 hijos, expuesta a través de un conjunto de microhistorias, no se centra en el sufrimiento-dolor, sino en la desesperanza que acompaña a la pobreza, un sentimiento que le empuja hacia el círculo de la fatalidad y le lleva a la acomodación pasiva de aceptar lo que el entorno le proporciona. Una vida no elegida en la que se impone «la claridad brutal de un pensamiento determinado y predeterminado por el barrio, el contexto, y la cultura transgeneracional» (p. 36). Una vida común a tantos hombres y mujeres que viven en la pobreza, atrapada por las circunstancias y deudas crónicas, «una vida a la que se acomoda porque no

tiene otra, porque no se puede salir y, quizás lo peor de ello, porque no tiene otros referentes para salir» (p. 35). De ahí que a los profesionales de la educación les corresponde sembrar esperanza en los desvalidos.

Vivía en una familia acéfala desde los 7 años con su abuela, trabajadora del campo desde los 8 años, madre a los 13 años, se había limitado a seguir el estilo de vida común en el entorno rural en el que habitaba, «un contrato no firmado donde hay que hacer lo que dicta un mundo interno, que no es capaz de romper la inercia» (p. 58). Siendo una niña tuvo que aprender a hacerse cargo de un bebé, y a soportar las desavenencias e infortunios de su marido, «poco trabajador, muy tomador, golpeador de la mujer y amante sin emoción» (p. 67).

La escuela en estos círculos de fatalidad, no se contemplaba como alternativa, sino «como un fantasma, como un espejismo en medio del desierto» (p. 59). Para María, la escuela es un recuerdo lejano, agradable y placentero, a pesar de la escasa presencia en su vida temprana, pues la pobreza no permitió su escolarización. De hecho, María tuvo que aprender de adulta, de la mano de sus hijos, elementos básicos de alfabetización. Por ello, decidió ofrecer un futuro mejor a sus hijos donde la escuela si estuviera presente, vendió su casa y cambió de residencia, esperando que su suerte llegaría, pues «si hay pueblos que saben a desdicha, hay mujeres y hombres que se visten con ella y, más que eso, se tatúan la piel» (p. 67).

Esperanzada en que el cambio abriría nuevas oportunidades a su familia, María no contó con la desventaja que

supone la ciudad para aquellas personas que vienen de la precariedad. Con una mejorada vivienda, pero con una situación familiar peor, marcada por el desempleo de su marido, por una doble jornada laboral y unos hijos desatendidos, sin presencia adulta desde el amanecer hasta el anochecer. La hija mayor con 7 años tuvo que responsabilizarse del cuidado de sus hermanos menores.

Tras aprender de una mujer urbana e ilustrada a quien su casa limpiaba, el respeto a la propia dignidad como para no dejarse maltratar por su marido, decidió separarse, y volvieron a cambiar de residencia, esta vez comprando una casa propia, y con dos grandes interrogantes en la mochila: ¿le buscaría su marido en la nueva casa? ¿podrían pagar la deuda de la casa? Lo que contribuyó a que la doble jornada laboral se prolongara excesivamente.

Ninguno de sus hijos terminó la educación primaria, y se cuestiona si su esfuerzo fue insuficiente. Sus hijas siguen luchando para romper el círculo de la fatalidad y darle nuevas oportunidades a su descendencia. Pero la escuela en zonas marginales carece de docentes comprometidos que no desvíen su mirada ante la venta de droga y otros problemas. Todavía hoy día María vive con desconsuelo la no presencia en la vida de sus hijos, criados entre iguales, sin la presencia materna que cultive y nutra el ambiente familiar. Dicho de otro modo, «Mi gran vacío no era de alimentos, sino de estar al cuidado de mis hijos».

Una mala gestión económica ha llevado a María a vivir dando saltos de

una deuda en otra, entrando en un hoyo tan profundo del que resulta imposible salir, con todos sus hijos emancipados continúa necesitando un doble empleo, y aun así no le alcanza para sanear su economía. «Su fragilidad le viene de una orfandad crónica. También seguramente de ahí abreva para su fortaleza» (p. 91). A pesar de que sus hijos no viven con ella, siguen frecuentando la casa y alimentándose allí.

El futuro se presenta no menos desolador para María, le preocupa que será de ella cuando le falten las fuerzas para trabajar, no ha vuelto a mantener relaciones estables con los hombres, el barrio cada vez más plagado de delincuencia y violencia..., la desigualdad no le dio muchas oportunidades, y las pocas que pudo tener no supo alfabetizarlas. Sin lugar a duda, faltaron un buen número de capacidades por desarrollar, concretamente las 10 señaladas por Nussbaum, enfatizando el autor la Afiliación (7), para evitar el desarraigo; y los sentidos, imaginación y pensamiento (4) para disfrutar de experiencias placenteras y evitar daños innecesarios. Pero claramente este modelo no da respuesta a los casos de pobreza no extrema

Al finalizar la historia de vida, el autor recuerda al lector que no se trata de un caso único, que la pobreza aprisiona a las personas, les roba la libertad y los sumerge en una vida llena de naufragios, que les impide tomar las riendas de sus vidas, ni encauzar la de su descendencia.

M.^a Ángeles Hernández Prados
Universidad de Murcia